

Yabadabadú

Elpidia García*

Si Láquesis tuviera una ayudante, Ana sería la mejor, porque su trabajo, como el de ella, consiste en cortar hilos. Láquesis, los de la vida; Ana, los de las colchas de la fábrica donde trabaja. Con tantos años de práctica nadie la supera en destreza al usar las pequeñas tijeras. ¡Chas!, ¡chas!, ¡chas!, que no quede ni un hilo en las colchas recién bordadas.

Se mueve ágil alrededor de la mesa donde extiende los edredones para ir cortando los hilos sobrantes que cuelgan exangües arriba y debajo. Con la mano izquierda levanta cada uno y los corta desde donde termina cada costura con la derecha. ¡Chas!, ¡chas! Que no quede ninguno ni suelto ni pegado a la tela, es causa de rechazo, le dijeron cuando le dieron el trabajo. Después da vuelta de un solo golpe a la colcha, como hacen los magos para desaparecer algo y corta los del otro lado. Muchos pares de manos revolotean sobre las telas cortando los hilos que arrojan muertos al suelo, cubriéndolo hasta formar una delgada alfombrilla multicolor. Pero de todas las cortadoras de hilo Ana es la mejor, no pierde el tiempo, no se distrae. Si acaso de vez en cuando mira hacia abajo para ver cómo se van enredando entre ellos, entretejiéndose hasta formar un tapiz de marañas, pero no para nunca en todo el turno de trabajo porque alguien siempre asegura que su labor no termine poniendo cerca de ella un altero de colchas amarillas, luego verdes, después azules. ¡Chas!, ¡chas!, suenan las tijeritas mientras titila su relumbre plateado. Después de unas horas, pareciera que los hilos muertos se vengarán intentando hacer resbalar a las cortadoras de hilos al pisarlos o que tenaces pugnarán por sobrevivir pegándose a sus zapatos y adhiriéndose a su ropa. Entonces las muchachas, temerosas de ellos, los desaparecen con una escoba y los arrojan al cubo de la basura.

Por el área de trabajo de Ana, cada mañana pasa Yabadabadú balanceando la redondez de su vientre. Para un momento frente a Ana y sonríe al ver sus pequeñas manos mariposear sobre la superficie colorida de una colcha. Ella ni tiempo tiene de voltear a verlo.

Yabadabadú es francés y trabaja en la fábrica porque lo enviaron a instalar una maquinaria nueva que puede tomarle un buen tiempo terminar. Al principio no hablaba bien español, pero sabía algunas palabras como cucaracha, qué pasa, chiquita, o tequila, que soltaba con frecuencia para hacer reír a las muchachas.

Se dirige a las otras cortadoras para llamar la atención de Ana.

— Hola chiquitas, ¿qué pasa?

— Buenos días, Yabadabadú.

— ¿Quién es Yabadabadú? Yo me llamo ¡Cucagacha! Estallan a carcajadas las cortadoras al escuchar el guego y los chistes del francés.

— ¡Cómo es chistoso!

Le dicen Yabadabadú por su parecido con Pedro Picapiedra en la forma de caminar; por la mirada entre inocente y pícara y el mechón de pelo que le cae en la frente. En sus ratos libres se acerca a platicar con las muchachas, pero la que le gusta es Ana, pues no deja de mirarla.

— ¿Ella, cómo se llama?

— Pregúntale tú, Yabadabadú.

— ¿Cómo te llamas, chiquita?, —le pregunta a Ana mientras abre un paquete de fotografías como si fuera un juego de naipes.

— ¿Quiégués conocec Paguí? Migá, aquí tengo fotos.

Al fin Ana deja su labor y lo mira. Las demás cortadoras de hilo no pierden detalle.

— No tengo tiempo para verlas, estoy trabajando.

Más tarde Yabadabadú busca a Ana en la cafetería. Allí la encuentra comiendo con sus compañeras.

— Toma, Ana, —le dice entregándole la tarjeta del hotel Holiday Inn, donde se hospeda.

— Estoy en la *chambre deux, deux, quatre*, —le dice mostrándole los números con los dedos.

— ¿Quiégués visitagme? *J'ai un bain à remous*, un jacuzzi, *pour les deux*. Y una *bouteille* de whiskey.

Las muchachas se ríen, también Yabadabadú. Su cara blanca se pone roja y la barriga se estremece de risa mientras se aleja divertido sin esperar la respuesta. Ana se sonroja. No sabe qué decir.

— ¡Qué desvergonzado! ¿Cómo cree que voy a aceptar? ¿Está loco o qué? Me voy a ir a quejar al Departamento de Personal.

— No le hagas caso, es un bromista solamente, si no lo dice en serio, —dice una de sus amigas todavía sin parar de reír.

Cuando Ana se va esa tarde a su casa y piensa en las proposiciones del francés, se acuerda del tiempo que ha pasado desde que se fue Manuel y la dejó sola con su hija. La vida desde entonces fue una cuesta arriba azarosa. Hace mucho que no tiene un amigo. Sin un amigo es más difícil subirla todos los días.

Como Baptiste, que así se llama el francés, perseveró en sus requerimientos, Ana aceptó su invitación finalmente. Y una noche Baptiste le cantó en francés y le habló de Francia y de la Torre Eiffel. Le enseñó las fotos del Sena, de los Campos Elíseos y del Museo del Louvre.

— Te llevagué un día a Paguí, —le dijo una tarde en el jacuzzi para dos, con las piernas blancas entrelazadas con las morenas en el agua.

— Mentiras, no te creo.

— *¡Oui, mais oui!* Paseaguemos pog el Sena como el comisaguio Maigret.

— ¿Cómo quién?

— ¿No lo conoces?, —le dice riendo. Es un detective de la *nouvelle policier* muy famoso en France.

— ¿Y qué más haremos en París?

— Tomaguemos café en una tegaza pog las mañanas. Comeguemos pan y queso y por las noches te llevagué al Moulin Rouge.

— ¿Qué es eso?

— *¡Le cabaret plus fameux du monde!*

— No te entiendo nada. ¿De veras me llevarías?

— *¡Bien sur*, chiquita!

Tintinearón otra vez las copas y Ana deseó que la promesa de Baptiste se cumpliera. Que no le mintiera como lo hizo Manuel.

Cuando el tiempo para que Baptiste terminara su trabajo con la maquinaria estaba por vencer, quiso tener más aventuras antes de irse del país, y en un área de la fábrica distinta a la de Ana, repartió sus tarjetas del Holiday Inn a varias chicas como quien ofrece mercancía. Repitió con todas las mismas bromas y las mismas promesas, la fórmula que le había funcionado con Ana.

— ¿Quiégués visitagme, chiquita? Tengo un jacuzzi *á deux* en mi hotel, y una *bouteille* de whiskey. Puedes llamarme Cucagacha, yo no sé quién es Yabadabadú.

No tardó alguna muchacha en aceptar los alegres requiebros de Baptiste ni Ana en saberlo.

Baptiste dejó de pasar por donde Ana trabajaba y ella siguió cortando hilos de todos los colores con más denuedo que antes. Los hilos electrificados por la estática generada al voltear las colchas, amenazaban insistentes con pegarse a su cuerpo y se retorcían cuando trataba de quitárselos de encima, igual que los pensamientos obsesivos que no la dejaban en paz. Entonces los aplastaba con sus pies para que no se levantaran antes de barrerlos con furia hacia la basura.

Esa tarde Ana tomó una decisión. Baptiste le había prometido un sueño que no cumpliría. La había engañado. Hubiera querido tanto ir a París...

Cuando averiguó la fecha y la hora de la nueva cita de Baptiste, lo fue a buscar al Holiday Inn. Llevaba en la mano sus tijeras plateadas para cortar hilos. Las abría y cerraba al acercarse, resuelta y nerviosa, a la habitación de Baptiste con jacuzzi para dos: ¡chas!, ¡chas!, ¡chas!

* Elpidia García Delgado, trabaja como Gerente de Calidad en una maquiladora y escribe historias sobre los personajes que ha conocido en el ambiente laboral donde se ha desenvuelto por más de treinta años.